

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 1 de Julio.

El Eco de Cartagena

UNA NOCHE TOLEDANA.

I.

Hay en el idioma castellano una frase que se usa muy comunmente, sin que tal vez la mayor parte de los que la emplean sepan cuál fue su origen y cual su significacion en un principio. Esta frase es «una noche toledana.»

«Una noche toledana» es en lenguaje familiar, una noche de perros, una noche infernal pasada en el insomnio y la inquietud, ó en malas condiciones de existencia. También significa una noche de fiesta y alegría que trascurre entre la bulla y el buen humor.

Su origen, sin embargo, no puede ser mas trágico y horrible. Se remonta al principio del segundo siglo de la dominacion de España por los árabes y mancha una de las páginas más tristes de la historia de Toledo.

II.

Alboreaba el reinado de Alhakem I. muerto su padre Hixem, tan venerado aún en las crónicas cristianas por su talento y su virtud, apenas habia sido proclamado califa el joven príncipe, cuando los partidarios de sus tíos Abdallah y Suleiman, hijos también de Abderrahman I, y que con tanto encarnizamiento habian disputado en otro tiempo á su hermano Hixem la posesion del califato, negaronle su obediencia y se rebelaron contra él. Toledo, Mérida, Córdoba y otras ciudades fueron las primeras en alzar contra la autoridad de Alhakem, que, no retrocediendo ante la amenaza del peligro, puso en juego con diligencia extraordinaria todos sus recursos, ordenó todas sus fuerzas y se presentó ante un ejército bastante fuerte para intimidar á sus rebeldes moradores. Pero recibe aviso de que se ha perdido Pamplona y que el wazir de Huesca ha entregado la ciudad á los infieles, y hallando nuevos ánimos á tantas y tan repetidas contrariedades,

deja á Amrú, caudillo de toda su confianza, para que prosiga el cerco, y parte con cuantas fuerzas puede distraer de este objeto para la frontera oriental de España.

No pasó mucho tiempo sin que la ciudad rebelde, cediendo á las instigaciones de sus muchos y poderosos partidarios, concertase con él la rendicion, con la entrega del alcaide Obeida-beu-Amrú. Acogió Amrú con alegría estas proposiciones, y entrando á poco en la ciudad, hizo cortar la cabeza al traidor Obeida; y dejando como wazir ó gobernador á su hijo, Iusuf partió para Chinchilla, donde el califa se hallaba á la sazón, despues de haber derrotado á los ejércitos reunidos de sus tíos y haber vuelto á su obediencia Lérida, Pamplona y Huesca.

Mucho tacto se necesitaba para poder regir en paz la antigua ciudad de los godos combatida á la sazón por tan distintas opiniones, y donde aún vivia humillado, pero fuerte, el partido de los vencidos príncipes Aballah y Suleiman. Era precisa una gran prudencia para hacer olvidar los odios pasados y fundir todos los pareceres en una sola aspiracion. Nadie menos á propósito para el cargo que su padre tan ligeramente se confiara, que el nuevo alcaide Isuf-ben-Amrú, joven inexperto que bien pronto se hizo odioso por sus continuas exacciones. Vanas fueron las protestas: pero un día rodeó el pueblo el alcázar del wazir, se apoderó de sus guardias, y mal lo hubiera pasado el desaconsejado gobernador á no haberse interpuesto los nobles y señores principales de la ciudad, que evitaron todo desman y lograron con su influencia que los rebeldes se retirasen á sus casas, rometiéndoles justicia. Viendo empero que, apenas libre del peligro, cobraba Iusuf los bríos que en el primer instante le faltaron para contener y sofocar la rebelion, y que proyectaba no sólo un escarmiento, sino desarrollar sus sanguinarios instintos, creyeron deber oponerse á los terribles efectos de la cólera del gobernador como antes habian opuesto á que estallara la de los goberna-

dos, y apoderándose del wazir, enviaron pliegos al rey Alha-kem para enterarle de cuanto sucedia.

En camino para Pamplona se hallaba éste cuando recibió tales noticias que un momento le suspendieron, pues en marcha para sofocar nuevos disturbios, no podia esperar que otra vez alzase la discordia su cabeza en Toledo, ciudad en que vivian muchos cristianos, y donde por consiguiente, eran tanto mas peligrosas estas disensiones intestinas del vencedor, cuanto que sólo podian aprovechar al mal vencido cristiano. Pero reponiéndose bien pronto merced á la costumbre que ya habia adquirido de recibir semejantes nuevas, hizo llamar á Amrú, que por sus hechos anteriores habia llegado á ser uno de sus mas favoritos guerreros, y dándole los pliegos que acababa de recibir:

—Ved, le dijo, lo que pasa en Toledo y á que extremo ha llevado las cosas la inexperiencia del wazir. Hijo vuestro es, pero carece de vuestra prudencia y vuestro consejo; le falta comprender que gobernar una ciudad como Toledo, no es lucirse en un torneo ni distinguirse en un campo de batalla.

Pálido y mudo de cólera escuchó Amrú las palabras pronunciadas por el califa con voz impaciente y dura; más tratando de disimular la ira profunda de que estaba poseído, leyó la comunicacion en que los principales señores toledanos referian las razones que les habian impulsado á obrar como lo habian hecho con Iusuf. Conformóse iba leyendo, su frente se oscurecia cada vez más. Cuando terminó inclinándose ante Alhakem, le dijo con voz sombría.

—Señor, los hechos que se os denuncian son muy graves. Hay en ellos una rebelion contra el único que en Toledo representa vuestra persona, y los nobles, lejos de sostener en su puesto, como era su deber de fieles vasallos, han hecho causa comun con el populacho y osado poner las manos atrevidas en su wazir, á quien habiais colocado sobre todos ellos. Señor, permitidme que os lo pregunte, ¿que pensais hacer?

—Vuestro afecto á mi persona, y tal vez el cariño á vuestro hijo, os ciegan sin duda cuando os mueven á hablar de ese modo. Yo no veo las cosas como vos. Así, que lo único que pienso hacer en este asunto es trasladar á vuestro hijo y darle la alcaldia de Tudela, porque espero que el fracaso que ahora ha sufrido le hará para lo sucesivo más cauto en la eleccion de medios para hacerse respetar, y nombrar en su puesto hombre de más experiencia y que no se deje arrastrar por sus impulsos.

Una súbita revolucion se operó en el ánimo de Amrú mientras hablaba su señor. Doliale este no viera la senna allí donde él la veia y dejase sin castigo la rebelion del pueblo y la intervencion de los nobles contra un hijo cuyos desmanes atenuaba. No duró mucho su silencio; rencoroso y vengativo en extremo, ansiaba poder pedir cuentas á aquellos de las humillaciones de Iusuf, y en la decision del califa de enviar nuevo wazir á Toledo, vió la seguridad de su venganza. Prosteronóse á los piés de Alhakem y le dijo:

—Señor, si la sangre que he derramado en vuestro servicio merece alguna gracia yo, que nada he pedido hasta ahora, tengo que solicitar hoy una de vuestra bondad.

—¿Qué quereis? Pedidla, y mi palabra os responde de su concesion.

—Quiero ir de wazir á Toledo y enmendar en ella los errores de mi hijo, para que el pueblo no mire siempre con oprobio el nombre que llevo.

—Mucho siento vuestra ausencia y gran falta me vais á hacer en la empresa que trato de realizar; pero comprendo lo justo de vuestra peticion, y sostengo, aunque con pena, mi palabra. Idos, pues, poned calma en todo, y estad dispuesto para cuando os llame.

Entonces, señor, con vuestra venia, partiré en seguida, dijo Amrú.

Y saliendo de la tienda, hizo llamar á sus gentes, las reunió en breves momentos, y poco despues partió para Toledo, al frente de un lucido escuadron, llena la mente de tenebrosos planes de venganza, en